

UNA TEORÍA METAFÍSICA DE LA EXISTENCIA DE DIOS EN LA ERA INFORMÁTICA

Luis O. Canting Placa

Uno de los problemas, verdaderamente ingente, que la filosofía ha afrontado desde su comienzo es el origen de todas las cosas o, como también suele decirse, el principio de todo lo que existe. Aparte de las teorías expuestas por los estudiosos de esta disciplina del conocimiento, hay otras, cuyo fundamento es la fe, que intentan deslindarlo mediante alegorías o mitos. La mente humana, por tanto, tiene ante sí un acervo de explicaciones, el cual puede bifurcarse en dos subgrupos: las explicaciones racionales —filosóficas y científicas— y las irracionales —religiosas o mitológicas. Si hurgamos en el primer subgrupo, hallaremos la teoría del “Big Bang”, mientras que si buscamos en el otro, encontraremos una muy interesante que se ha difundido por todos los confines de la Tierra gracias a la invención de la imprenta: nos referimos a la creación del universo y de nuestro planeta según el primer libro de la Biblia— (Génesis). El primer capítulo de éste nos narra cómo un Dios conocido como Yavé creó todo lo existente —desde las partículas elementales, componentes del átomo, hasta los sistemas galácticos— con una orden oral; no obstante en los casos de los primeros seres humanos, Adán y Eva, hubo una intervención directa: Yavé no sólo profirió palabras, sino que actuó. La Biblia cristiana no nos revela el origen de Dios, pues, de acuerdo con lo que dice, es un Ser eterno de mayestáticos atributos o propiedades. Tampoco brinda a la humanidad una respuesta racional a sus interrogantes sobre la esencia del mismo. Por eso la razón queda insatisfecha.

Si un individuo desea ser calificado de buen cristiano debe aceptar, sin remilgos, la teoría bíblica. El mero hecho de dudar que Dios existe podría significar un síntoma de escepticismo, algo rechazado sobremanera por los líderes o aún por cualquier adepto fiel del cristianismo. Aunque esto es una realidad, las Sagradas Escrituras no condenan la indagación de la verdad concerniente a la existencia de Dios en otra fuente informante conocida como la naturaleza, la cual nombraremos con la frase “todo lo que existe”. Fue el principal difusor de la religión cristiana quien escribió en la *Epístola a los Romanos* acerca de todo lo que existe— “las cosas hechas” por Dios— como un camino para conocer a Dios. Transcribiremos algunos versículos de la Epístola para demostrarlo: “. . . Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto (a los humanos), pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Véase Romanos 1: 19-20).

Según lo enunciado por el Apóstol Pablo, “por medio de las cosas hechas” sería posible demostrar la existencia de Dios con la asistencia, claro está, de la razón. Ya egregios filósofos como Anselmo, Tomás de Aquino y Kant han especulado en torno a si Dios existe, por lo cual meditar otra vez en ello podría considerarse más de lo mismo; empero, a mi juicio, esto no debe ser un obstáculo que nos impida reflexionar, por unos instantes, para dejar claro si realmente la opinión del líder cristiano es válida. Es tiempo de darle plenamente parte a la razón.

En todo lo que existe observamos el cumplimiento de una ley: una cosa viene a ser el efecto de otra cosa. Planteada de otra manera, podríamos decir que toda cosa tiene una causa. Ahora, si la causa de un efecto es una cosa, y dijimos que toda cosa tiene una causa, entonces la causa de aquel efecto tiene una causa, por lo que sería también efecto. Según nuestro argumento deductivo, toda cosa es causa y efecto. Si continuásemos retrocediendo en la cadena de causa y efecto concluiríamos que las cosas parten, o surgen, de una misma causa— todo lo que existe tiene una causa última. Me parece prudente dedicarnos a meditar en esa causa última para ver si logramos conocerla.

Ciertamente, todo lo que existe o surge de la nada, o eclosiona de un ser¹; pero ¿puede salir un ser de la nada? La nada no posee características o propiedades de índole alguna. Por ejemplo, no tiene extensión, forma, figura, color, sabor. No tiene causa ni efecto. Como dijo el eleata Parménides, es el ser, pero la nada no es. La nada, de acuerdo con lo expuesto hasta aquí, queda reducida a una pseudo-idea, es decir, no podemos considerarla como tal en sentido estricto. Si lo fuera, entonces tendríamos que incluirla en los universales, lo cual significaría aceptarla como algo inmaterial². Sería semejante, por ejemplo, a la idea de hombre. Colegimos así que la nada no puede ser la causa última de todo lo que existe.

Después de haberla descartado, nos vemos compelidos a admitir como verdadera la otra parte de nuestra proposición: todo lo existente eclosiona de una ser o, sencillamente, surge de un ser. Me parece menester apuntar ahora un detalle indefectible: todo lo que existe, en tanto que sea aprehensible por los sentidos, es esencialmente materia. Al proponer que todas las cosas materiales surgen de ese ser decimos que de éste emerge la materia; no obstante, existen cosas distintas a las cosas materiales. Como enunciábamos hace unos momentos, las ideas— por ejemplo, la de hombre— no tienen extensión, color, figura, masa, etcétera. No se ajustan a las características de la materia, por lo cual pueden concebirse como inmateriales. Que quede claro entonces, que todo lo que existe incluye tanto los objetos materiales como las cosas inmateriales. Siendo esto así, la causa de todo lo existente será la causa de lo material y lo inmaterial.

Este último juicio me induce a la siguiente pregunta: ¿Tiene eso de lo cual surgen todas las cosas algún ser predecesor? La contestación es evidente: imposible. Si de él surge todo, sólo podría precederle la nada, pero hemos dicho que la nada no es. Ese ser, en consecuencia, es la causa de todo lo que existe y de sí mismo, de su propia existencia. Podríamos aseverar que ese ser es lo que es por el mero hecho de tener que ser, pues se causa a sí mismo lo cual le imposibilita dejar de ser. Si no tiene precedentes, entonces siempre fue. El hecho de aceptar que siempre fue denota lo siguiente: es un ser infinito en su existencia. Para terminar esta parte diremos que siempre fue, es y será, pues no depende de nada para ser, sólo de sí que, como ya hemos señalado, se causa a sí mismo— ese ser es autosuficiente y eterno. Al ser del cual surgen todas las cosas lo denominaremos Dios.

La teología sagrada converge por el momento con nuestra teoría metafísica. Los teóricos de dicha disciplina sostienen, al igual que nosotros, que Dios tiene una propiedades intransitivas — también llamadas atributos incommunicables— como la eternidad y la aseidad, pero pronto seremos testigos de ciertas divergencias cuando argumentemos que todo existente ha adquirido unas características de Él y, aún más, es parte o fracción de Dios.

Si Dios es el “Creador” de las cosas sería imposible que las hiciera de la nada como se pensaba en el medievo, pues de la nada no surge nada. Antes de entrar en el lapso de actividad creadora, sólo existía ese Ser, por tanto, es válido pensar, fundándonos en la premisa anterior, que de Sí mismo salieron las cosas. Cada ser, por ende, viene a ser una parte o, mejor dicho, un mugrón de tal Ser. Lo susodicho nos permite ahora hacer una inferencia: Éste tiene la potencia para expandirse o difundirse³ lo cual implica cambio en su fisonomía, mas no en su esencia.

Todo lo que existe también cambia. Los cuerpos materiales, por ejemplo, pueden variar de lugar (mudar), o de estado; pero no sólo eso, también adquieren o pierden cualidades. Indudablemente, el universo es un escenario de transformaciones o cambios. Esto es así porque hay algo llamado energía que lo permite. Sin ella, el cosmos sería una estructura en la que no habría movimiento ni vida. Es la energía, en términos simples, todo aquello que puede producir alguna variación, cambio o efecto físico. Ahora, si Dios cambió en un momento dado, hubo energía en el asunto, y si anterior a la existencia de todas las cosas ya era ella, no sería impropio colegir que Dios es energía⁴ -- pura energía.

A manera de sinopsis, hemos señalado que la Causa de todo lo existente es energía eterna y autosuficiente que puede expandirse o difundirse, lo cual denota, a su vez, cambio. La pregunta obligada ahora es ésta: ¿Qué lo cambió? ¿Acaso es responsable alguna cosa extrínseca de tal cambio? Es absurdo discurrir que algo externo a Dios provocó el cambio, pues nada existía, aparte de Él, con antelación al nacimiento de los seres o cosas. La nada tampoco pudo ser la causa.

Entonces, por eliminación, Dios es el agente causante de su propio cambio. En palabras nada abstrusas, Dios se cambió a Sí mismo. Sin embargo en nuestra dialéctica cabría un interrogante más seria: si antes de expandirse fue lo mismo durante un período

infinito, ¿por qué, súbitamente, se cambia? Esta pregunta podría ser calificada de misterio; no obstante sólo bastaría con reflexionar por unos instantes en torno a la metamorfosis de la mariposa para aprehender la posible verdad que aún desconocemos de Dios.

Como es sabido, la mariposa no nace siendo mariposa, sino que pasa por unas etapas para al final de la jornada llegar a serlo. Primero tendrá que ser oruga para luego volar. La oruga viene con una información intrínseca que permite dicho cambio y ella está impresa en el material genético del animal. Según reparamos, la oruga está sentenciada a ser mariposa, pues carga en sí una información transmitida por sus predecesores que la llevan a ser eso y no otra cosa; no obstante cuando pensamos en Dios, toda explicación genética es huera, sin sentido, puesto que no es un ser biológico perteneciente a una especie, sino algo que trasciende a todo ser viviente. Él es un Ser trascendental. Decir que estaba determinado que Dios cambiara, se difundiera o expandiera sería una inocentada, ya que deberíamos contestar qué lo determinó --recuerde que Dios no tiene predecesores. Por eso estaríamos obligados a aceptar, en todo caso, que Dios es capaz de determinar lo que hará consigo.

Al leer lo antedicho, alguien podría exigir una explicación más detallada. Por eso los próximos señalamientos intentarán arrojar luz sobre la última capacidad mencionada, entretanto presentamos lo que puede considerarse como la médula de nuestra teoría: la Causa de todo lo que existe, pura energía, se configuró —u organizó— de tal manera que provocó el cambio, es decir, la eclosión —desprendimiento— de todas las cosas, y el principio de esa configuración fue una y la misma cosa que el inicio del mismo. Aunque aceptáramos lo último como verdadero, no podríamos concebir esa verdad como la causa de la expansión de Dios, pues deberíamos afrontar aún otra pregunta: ¿Por qué Dios comienza, súbitamente, a configurarse de tal forma que permite el cambio en Sí? La casualidad no es una posible contestación porque va en contra de la ley de causa y efecto-- caeríamos en la trápala sutil de que no hay causa. Por eso aseveramos que Dios tiene la capacidad de determinar o establecer lo que va a hacer con Él como si fuera un ser con voluntad. El vulgo lo diría así: Dios hace consigo lo que le da la real gana. Si esto es así, entonces la Causa se autocontrola.

Al haber predicado lo anterior de la Causa de todo lo que existe, columbramos en ésta unas características propias de los seres personales. Si determina lo que hará con su ser, entonces debe poseer libertad y, a su vez, voluntad: si hace lo que determina hacer, y nadie lo obliga a realizar tal cosa, entonces hace lo que quiere. Debe, por ende, estar consciente de lo que puede ejecutar que no es otra cosa que lo que puede hacer consigo mismo; pero ¿la libertad, la voluntad y estar consciente no son características de una persona? Indiscutiblemente, sí.

He aquí la Causa de todo lo existente y una teoría metafísica en la Era Informática: todo surge de un Ser personal, eterno y autosuficiente, que se causa a Sí mismo y es pura energía, el cual se autocontrola y rige al universo, pues éste es parte suya. Como advertimos, sí podemos conocer a Dios por medio de las obras hechas. Verdaderamente, el Apóstol Pablo no se equivocó.

NOTAS

1. Los vocablos "Cosa" y "Ser" se considerarán homólogos en nuestro escrito.
2. Las ideas, de acuerdo con la gnoseología, son inmateriales, pues no cumplen con las características de la materia: extensión y masa.
3. Cuando hablamos de la expansión o difusión de Dios nos referimos a que todo lo existente se desprende de este Ser. En la expansión de Dios vemos, más bien, un transformación aparente, es decir, sólo un cambio en su apariencia.
4. En el libro *El ser humano desde la perspectiva filosófica* el profesor Narciso Vilaró escribe algo tan interesante sobre la evolución material que deseamos transcribirlo aquí: " Parece evidente, según se interpretan los resultados de las investigaciones físicas, que la materia y la energía— que de acuerdo con la ciencia actual no son sino dos aspectos interconvertibles de una misma realidad— han evolucionado a lo largo del tiempo. Hay razones para suponer que en cierto momento remoto toda la materia y la energía del universo conocido estuvieron reunidas como una sola cosa en un sólo punto, el cual estalló (Big Bang). En los primeros momentos subsiguientes sólo existieron radiaciones intensísimas: luz cegadora y calor inimaginables. No era posible la existencia de partícula material alguna en tales circunstancias, a temperaturas de millones de grados. Pero, al cabo de cierto tiempo, con la expansión explosiva la temperatura descendió lo suficiente para que parte de la energía se 'condensara' en corpúsculos sub-atómicos. Más adelante, a menor temperatura, se formaron átomos por asociación de tales partículas. Es preciso subrayar que, al parecer, existe en el universo una tendencia que, opuesta a la 'entropía' o desorden, resulta en asociaciones y combinaciones progresivamente más complejas. Así, la energía se iba 'condensando' en partículas materiales, y éstas en sistemas atómicos". En otra parte, el autor nos dice que "la energía es la causa de que los cuerpos materiales varíen de lugar, de aspecto y estado, y pierdan o ganen cualidades. En ausencia de energía el universo sería una estructura muerta, congelada y estática."